



¿Libros? No, gracias. Solo vengo a usar internet

Conchi Jiménez Fernández

Los tiempos han cambiado. Las bibliotecas ya no son aquellos lugares sacrosantos donde reinaba el silencio. Ahora se han convertido en centros donde lo que prima es la tecnología. Esa tecnología, y más concretamente internet, ha supuesto una revolución y, aparte de facilitar el trabajo bibliotecario, ha logrado eliminar el aislamiento en que muchas bibliotecas trabajaban. Pero internet también tiene su otra cara en la biblioteca municipal, la del tipo de uso que hacen los usuarios y la del papel que juega el bibliotecario en este nuevo escenario.

Mucho se habla de la transformación que han sufrido las bibliotecas en las últimas décadas, sobre todo en lo relativo a la tecnología o, mejor, a la adquisición y uso de todo tipo de máquinas.

Ya casi no recuerdo aquellos años en los que iba a trabajar y en la biblioteca no había ni teléfono ni ordenador ni, por supuesto, internet, esa palabra mágica e imprescindible hoy por hoy. Me quejaba amargamente de la soledad en la que trabajaba a diario y de lo aislada que me encontraba. La única comunicación, gratificante, eso sí, era la que establecía con mis usuarios: los adultos por la mañana y los jovencitos por la tarde.

Estos últimos acudían en pandillas, armaban un jaleo tremendo y yo tenía que estar en continua guerra con ellos para que guardasen algo de silencio y la biblioteca no se convirtiera en un parque de atracciones. Pero me encantaba hablar con ellos, buscarles cosas para que se ganasen los *positivos* en clase, ayudarles a encontrar información para sus trabajos en las enciclopedias, aquellos librotos que ahora adornan las estanterías y pasan meses y meses reposando plácidamente sin que una sola mano los saque de su sitio. Ay... Eso era antaño.

Hoy, los usuarios siguen siendo los mismos, y otros nuevos, claro, pero el espacio de la biblioteca se ha transformado y ahora parece un lugar convertido en un arsenal tecnológico que nos invade cada día más. Pero quien se lleva la palma del éxito es internet, cómo no. Bendita wifi.

Muchos de los que entran en la biblioteca solo lo hacen para navegar sin rumbo fijo por la red, y a diario. De hecho, y como animales de costumbres que somos los humanos, siempre se suelen sentar en el mismo puesto, para consultar desde el mismo ordenador. Pero por muchos

Ya casi no recuerdo aquellos años en los que iba a trabajar y en la biblioteca no había ni teléfono ni ordenador ni, por supuesto, internet, esa palabra mágica e imprescindible hoy por hoy.

ordenadores que haya, nunca son suficientes y la mayoría de las veces están ocupados. Pero no importa, esperan y esperan el tiempo que haga falta, mano sobre mano, hasta que uno quede libre. No parece que tengamos la misma paciencia cuando hay que guardar cola en el supermercado...

Y cuando por algún motivo la conexión a internet no funciona, aunque tú avises previamente en cuanto los usuarios llegan a la biblioteca, ellos insisten incansablemente. Encienden y apagan el ordenador varias veces, soplan y resoplan desesperadamente, se cambian de una máquina a otra para ver si tienen más suerte. Al final vuelven a mí para echarme la culpa de que los ordenadores no funcionan o para preguntarme cuándo vuelve internet, como si se hubiera ido a tomar un café y me hubiese dejado el aviso. A lo mejor es que no se fían de mí y hasta que no comprueban por sus propios medios que no les miento, no se creen que internet realmente no funciona en ese momento.

En vacaciones suelen acudir familias enteras solo para acompañar a uno de sus miembros que



trae consigo su portátil o bien va a consultar algo en los ordenadores de la biblioteca. Estos son forasteros adictos al trabajo y algunos, afortunadamente no todos, insisten en darte nociones de cómo se utiliza internet -ya sabemos que para muchos en los pueblos somos unos paletos...-.

Eso sí, utilizan palabras fuera de lo común, no sé si para hacerse los importantes o para dejarme con la boca abierta al no entender qué quieren. Un ejemplo sería: *Vengo porque quiero enviar paquetes a la red...* Y vienen a diario.

Los más enganchados al “vicio” de internet entran en la biblioteca –o mejor, a su particular ciber– sin dar ni los buenos días, solo te preguntan: ¿Funcionan? o Voy a sentarme en mi ordenador.



Otros turistas visitan la biblioteca para consultar el correo electrónico todos los días. No se puede pasar sin ver sus e-mails, como si estuvieran esperando la confirmación de una transferencia millonaria. Pueden estar ante el ordenador más de una hora.

A veces me pregunto si estos usuarios trabajan en la NASA y solo de ellos, de su continua atención al correo electrónico en vacaciones, depende que un satélite no caiga en picado sobre nuestras cabezas.

Los más jóvenes -y algunos adultos también- solo vienen a chatear, a ver miles de fotos en su tuenti, a comentarlas con los amiguetes. Nada más. No hay mejor entretenimiento que ese en la biblioteca.

Los más enganchados al “vicio” de internet en-

tran en la biblioteca -o mejor, a su particular ciber- sin dar ni los buenos días, solo te preguntan: *¿Funcionan? o Voy a sentarme en mi ordenador*, y cuando se aproxima el día de Navidad o Año Nuevo la ansiedad se apodera de ellos ante la duda de si la biblioteca permanecerá cerrada esos días. Cuando les confirmo que sí me da hasta pena comprobar tal grado de frustración en sus caras.

Son estas unas pinceladas del día a día en una biblioteca municipal del siglo XXI. A veces me planteo si no sería buena idea cambiar las estanterías por enchufes y pienso que aquella respuesta casi común entre todos los mortales a la pregunta de qué se llevarían a una isla desierta, seguro que ya no es un libro sino un portátil con batería infinita y conexión a internet vía satélite, el que sea, pero que no falle... ■